



¿De dónde vienes, Benito Pablo?

Declinaba la tarde: el sol parecía hundirse detrás de la próxima montaña en los momentos en que un muchacho de doce á catorce años, descalzo, vestido apenas con un pedazo de manta que en forma de calzones le cubría de la cintura á las rodillas, llegaba jadeante al bordo del arroyo, bebía agua en la palma de la mano y luego se dejaba caer en un pedazo de tronco de árbol carcomido por el tiempo, que yacía recargado sobre la arena.

El día había sido caluroso, de tal modo, que todavía á aquellas horas el agua del arroyo vaporizaba, sintiéndose que las piedras estaban candentes después de doce horas en que había estado cayendo sobre ellas el fuego del cielo.

Aquella pobre criatura de color cobrizo, después de haber satisfecho la sed en una forma tan rústica y después de haber estado descansando unos cuantos minutos sobre el tronco del árbol carcomido que se encontraba al borde del río, se levantó, cogió varias piedrecitas y empezó á arrojarlas sobre el agua, divirtiéndose con las burbujas que aquella formaba y con el gran número de gotas que saltaban á todos lados, como si cada piedrecita fuera una pequeña granada que hiciera explosión.

Así permaneció en el sitio como una media hora, unas veces sentándose en el pedazo de árbol derrumbado y otras haciendo estallar el agua con las piedras de todos tamaños que le arrojaba, hasta que volvió la ca-